EDGARD NELSON

La divertida historia de una familia (im)perfecta

DESTINO

LA DIVERTIDA HISTORIA DE UNA FAMILIA (IM)PERFECTA

Traducción de Teresa Muñoz

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Working Partner Limited, 2017
© de la traducción, Teresa Muñoz, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2018
ISBN: 978-84-08-19121-6
Depósito legal: B. 10.234-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.

Chloe

Salí del monovolumen y caminé sobre las piedrecitas cojeando y con las piernas entumecidas. Me había pasado toda la noche embutida en el asiento trasero del coche y me sentía tan estable como un pajarillo que se acabara de caer del nido.

¡Por fin habíamos llegado! El hostal Isla de Kelder. Estaba hecho un desastre: el yeso de las paredes se caía a pedazos y hasta se podían ver los ladrillos rojos rotos y cubiertos de un moho pastoso. Pero me pareció una pasada. Pasar la noche en una casa vieja, en una isla diminuta, con el sonido de las olas de fondo y las gaviotas sobrevolándonos iba a ser toda una aventura. Y, bueno, si al final en lugar de ser emocionante se acababa convirtiendo en una mala experiencia, solo iba a ser una noche. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

—¿En serio? —preguntó Tab con ese acento californiano

que hacía que pareciera una estrella de cine—. ¿Aquí vamos a dormir?

Mi nueva supuesta hermana llevaba cazadora y pantalones negros. Tenía el pelo castaño corto y el flequillo le llegaba hasta las cejas. Se acercó a la pared, arrancó un trozo de yeso y se lo mostró a su madre. Le dio un golpe a uno de los marcos podridos de la ventana de madera y sacó la *tablet* de su mochila.

—Esto son hongos —dijo—. No podemos dormir aquí. Esta casa se va a derrumbar y nos va a enterrar vivos. Tenemos que irnos.

Vale, esta aventura no iba a ser genial que digamos. Pero, aparte de que el edificio se viniese abajo, ¿qué era lo peor que podía pasar?

—Venga, no te preocupes —dije, tratando de calmar los ánimos—. Lo más probable es que no se derrumbe.

Me lanzó una mirada que podría haber tumbado a un caballo percherón.

Tab era mi nueva «hermana» desde hacía doce horas. No me había dado una primera impresión demasiado buena, la verdad, pero yo seguía intentando darle una oportunidad. Quizá no le gustasen las mañanas. Ni las tardes. Ni las noches.

Supuse que haber dormido como sardinas en un monovolumen porque nos habíamos quedado atrapados por la marea no había hecho aflorar lo mejor de nosotros. Habíamos intentado dormir usando los abrigos como mantas y las bolsas de viaje como almohadas y estábamos un pelín de

uñas. Pero nada más amanecer, papá nos había llevado a una cafetería para desayunar. Casi todos habíamos pedido una fritanga descomunal y eso nos había animado. Pero Tab solo se había comido un sándwich de huevo —con tenedor— y se había quejado de lo grasiento que era.

—Por fin hemos llegado —dijo papá, saliendo del asiento del conductor y tomando una gran bocanada de aire salado.

Mis hermanos mayores, Lola y Paul, se apearon y se dirigieron hasta donde estaba papá. Los hermanos de Tab, Quentin, Simon y Dylan, también se bajaron del coche, seguidos de nuestro terrier blanco, *Milo*, que empezó a correr como un loco en círculos para descargar toda la energía que había acumulado en el viaje.

—Los recuerdos me están inundando —continuó papá, como si soñara despierto.

—Pues ojalá te hubieras acordado cuando nos inundó la marea —masculló Tab.

Marie, la novia de papá, salió del asiento del acompañante. Se apartó su ondulado pelo castaño hacia atrás y se ajustó el vaporoso vestido morado. Las cuentas azules y rojas de sus pulseras tintinearon. Se detuvo cerca de mi padre, lo rodeó con el brazo y miró el viejo hostal bajo la luz de la mañana.

Daba gusto verlos juntos. Yo quería que su relación funcionara. Pasar la noche todos en el monovolumen me había hecho ver lo duro que podía llegar a ser, pero ahora que estábamos delante de la casa con el débil sol asomándose entre las nubes, creía sinceramente que era posible.

Tab se acercó a Marie y le chascó los dedos delante de la cara.

—¿Has oído lo que acabo de decir, mamá? —le preguntó—. Esta casa es un peligro.

—Este edificio lleva en pie más de cien años —le comentó papá—. No creo que se vaya a derrumbar justo esta noche.

—¡Eso es exactamente lo que he dicho yo! —añadí—. Sólido como la historia.

Otra mirada asesina.

Papá se acercó a la pared y le dio un golpecito. Una teja se deslizó desde el tejado y se partió en dos al estrellarse contra el suelo.

—¿Lo ves? —dijo Tab, llevándose las manos a las caderas.

Los gemelos, Simon y Dylan, soltaron una risita y golpearon la pared para ver si había más desprendimientos. Eran supermonos, llevaban el pelo negro corto y chaquetas azules a conjunto; tuve que reprimirme para no hacerles una caricia en la cabeza. Lo bueno de mi recién aumentada familia angloamericana era que yo ya no era la benjamina. Ya no me iban a hablar como si fuera una cría. Los gemelos y Quentin eran más pequeños que yo, así que ahora les tocaba a ellos sufrir.

—Bueno, quizá estén empezando a verse un poco las grietas —concedió papá.

—¿Te refieres al edificio o a nuestra familia? —preguntó Tab.

Forcé una carcajada, pero nadie me secundó. Pensé que Tab estaba de coña, aun así, el nivel de incomodidad estaba por las nubes.

Todos los esfuerzos que había hecho yo para relajar el ambiente no habían servido para nada. En el coche había intentado que todos cantáramos *Let's call the whole thing off* porque va de que no debería suponer un problema que tengamos un acento diferente, y se me ocurrió que era perfecta para un grupo de americanos y británicos que se acababan de conocer. Pero cayó en saco roto cuando Quentin apuntó que esa canción es una estafa porque en realidad nadie tiene ese acento del que habla.

Marie sacó una maleta enorme y robusta de la parte de atrás del monovolumen e intentó arrastrarla hasta la puerta principal. Se le coló gravilla en las ruedecitas, así que tuvo que desistir de arrastrarla y acabó por llevarla a cuestas. Se la cargó al pecho y fue dando tumbos hacia la puerta. Creí que Tab iba a salir corriendo para ayudar a su madre; en cambio, se limitó a encender su *tablet*.

Papá entró cargado con una enorme bolsa de la colada llena de ropa y sábanas en cada mano. Se balanceaba tanto que me pregunté si se habría hecho daño en la espalda.

Dejó todas las bolsas en el porche y sacó un manojo de llaves.

—¡Yo primero! —gritó Simon, y salió corriendo hacia la puerta.

—¡Yo segundo! —gritó Dylan, que lo seguía.

—¡Un momento! —grité yo.

Llevaba oyendo historias sobre el hostal Isla de Kelder desde que tenía uso de razón. Me merecía ser la primera. Me abalancé hacia la puerta, pero *Milo* se metió entre mis piernas y me caí de bruces. Sentí la humedad a través de los vaqueros. Eso sí que los hizo reír, mucho más que los chistes que les había contado.

Lola levantó la vista del teléfono y fijó sus pequeños ojos en mí.

—Ten cuidado, Chloe —masculló.

Volvió a centrarse en el móvil y su largo pelo castaño le tapó la cara.

Intenté reírme. Otra vez.

Pero en lo que tardé en levantarme y sacudirme las piedrecitas, los demás ya habían llegado a la puerta. ¡Jo! ¡Yo quería ser la primera en verla!

Me coloqué al final de la cola y me puse de puntillas. Papá estaba buscando las llaves. El llavero de plástico tenía una foto del hostal Isla de Kelder cuando todavía estaba abierto al público. Se veía mucho más bonito de lo que era en realidad, igual que Lola en su foto de perfil de Instagram.

Metió una llave en la cerradura, pero no giraba.

—Tened paciencia —pidió papá. Iba meneando la llave y haciendo muecas—. Está un poco oxidado y no va muy fino.

—No me digas más —masculló Tab—. Así me he quedado yo tras pasar la noche en ese monovolumen apestoso. Me encantaría repetir.

—¡Oye! —Había llegado la hora de encararme con Tab.

No era necesario volver a recordarle a papá su error. Te-

níamos que haber llegado la noche anterior; vinimos directamente después de recoger a Marie y a su familia en el aeropuerto, pero papá olvidó que solo se podía cruzar la isla en coche cuando la marea estaba baja, y por eso tuvimos que dormir en el monovolumen.

Los dedos de papá estaban blancos de la fuerza que hacía al intentar girar la llave.

—No es tu culpa haber olvidado lo de la marea, papá —dije—. No eras más que un niño cuando vivías aquí. No se puede esperar que te acuerdes de todo.

Tab chasqueó la lengua.

Marie le cogió la mano y le dijo:

—Intenta ser positiva, bizcochito.

¿Bizcochito? ¿Ese era el apodo de Tab? No le pegaba para nada. A no ser que se tratase de un bizcocho mohoso que diera dolor de barriga.

—Puedo probar yo, si quieres —me ofrecí.

Si conseguía abrir la cerradura seguro que sería la primera en entrar.

—Yo puedo —dijo papá, agachándose para examinar la cerradura.

Marie apoyó el hombro en la puerta.

—Yo empujo mientras tú la giras —propuso.

Paul dio un paso atrás y señaló la ventana del primer piso.

—Puedo romperla. Solo necesito llegar hasta allí.

Mi hermano ya era casi tan alto como papá, medía poco menos de metro ochenta. Tenía el pelo castaño y llevaba una

chaqueta militar y unos pantalones con un millón de bolsillos con cremallera.

Señaló a los gemelos.

—Vosotros dos os agacháis y yo me subo sobre vuestras espaldas.

—Vale —dijo Simon.

Se puso de rodillas y se inclinó con las manos entrelazadas en la nuca.

—Esto parece peligroso —dudó Dylan.

Sacó su inhalador del bolsillo y tomó una dosis.

—He escalado muros más altos —aseguró Paul, subiéndose la cremallera de la chaqueta—. No seas gallina.

—No te metas con mi hermano —gritó Simon, encarándose con Paul. Solo le llegaba hasta la cintura.

—No os preocupéis, chicos. Yo la abriré —dijo Quentin. Deslizó las gafas por el puente de la nariz hacia arriba y sacó el móvil del bolsillo de su abrigo—. Voy a buscar un tutorial para abrir cerraduras con una horquilla. —Dos rectángulos luminosos se reflejaron en los cristales de sus gafas nada más encenderse la pantalla—. Solo hay que esperar a que esto cargue.

—¡Calmaos! —gritó papá, girándose para mirarnos—. No hará falta una horquilla. Y mucho menos romper la ventana... Yo la abriré.

Giró de nuevo la llave y esta vez se oyó un clic. Empujó y la puerta se abrió.

—*Voilà!* —gritó.

—Bien hecho, papá —dije, aplaudiendo.

—Ya era hora —musitó Tab.

Me apresuré para ser la primera en entrar, pero Paul me adelantó por la derecha y Tab me dio un codazo en las costillas por la izquierda.

—¡Eh! —me quejé.

Me quedé quieta esperando una disculpa. Jamás llegó.

Un olor desagradable detrás de mí me indicó que Quentin también estaba intentando entrar. Todos habíamos dormido con la ropa puesta, y ninguno olíamos a flores precisamente, pero él soltaba un tufillo muy particular.

—Tranquilos, chicos —dijo Marie—. No hay prisa.

Quizá sus hijos no la tuvieran, pero nuestro padre llevaba años hablándonos de este lugar. Formaba parte de nuestra herencia. Si la familia Vincent hubiera tenido algo de respeto, se habrían quedado atrás para dejarnos pasar primero.

Milo se escabulló de entre mis piernas y los gemelos lo siguieron, corriendo a gatas.

Los otros ya estaban dentro, excepto Lola, que debía de pensar que la persona con quien estaba al teléfono era más interesante que ver por primera vez la casa donde papá pasó su infancia.

Por fin entré. Me encontré en un enorme recibidor empapelado de verde descolorido y con una moqueta roja raída. A mi derecha había una escalera con la barandilla desvencijada, y, en frente, el mostrador de recepción con un tablero de madera de donde debían haber colgado las llaves de las habitaciones. Todo estaba cubierto por una capa espesa de polvo y olía a humedad, como las iglesias.

—Guaaaaaau —dije, sin estar aún segura de lo que me parecía.

No era como me lo había imaginado según las descripciones de papá. Pero por aquel entonces debía de haber sido muy diferente. Seguro que había huéspedes entrando y saliendo, teléfonos antiguos sonando y olor a beicon con huevos procedente de la cocina.

Pero incluso aunque sus buenos tiempos hubieran pasado, yo estaba encantada de poder verlo antes de que los de la promotora lo derribaran.

—Imaginad cómo debía de ser en su día —dije—. Con todos los huéspedes yendo arriba y abajo.

Papá se rio.

—¡Solo lleva cerrado siete años, no desde la época de Enrique VIII!

Los gemelos se habían sentado en un taburete cerca del mostrador de recepción y estaban inclinados sobre su *tablet*. Era vieja, probablemente heredada de Tab.

Los miré y grité:

—¡Eh, vamos a averiguar si alguien muy famoso se alojó aquí, como un rey o una reina!

Entonces Simon se puso a clicar en la pantalla, y Dylan miraba mordiéndose el labio. Qué genial resultaba verlos tan involucrados en descubrir la historia del lugar.

—También podríamos buscar en qué año lo construyeron —sugerí—. Y si siempre fue un hostal o antes había sido una casa particular...

Me coloqué al otro lado del mostrador para ver cómo iba

su búsqueda y entonces se me cayó el alma a los pies. Simon estaba jugando a una especie de rompecabezas que consistía en arrastrar filas de frutas para hacerlas desaparecer.

—Pensé que estabais buscando en Google las preguntas que os he hecho.

—¿Qué preguntas? —dijo Simon sin apartar los ojos de las resplandecientes frutas.

—Sobre la historia de esta casa. No me digáis que no os pica la curiosidad.

—¡Sssh! —soltó Dylan—. Simon necesita concentrarse. Está batiendo su propio récord.

Decidí que era mejor no sermonear a los gemelos. Estaban cansados por haber pasado la noche en el monovolumen y necesitaban relajarse con su juego. Estuve a punto de felicitar a Simon por haber batido su récord, pero entonces pensé que iba a sonar condescendiente. Me propuse no tratarlos como todo el mundo me trataba a mí.

Me subí al taburete de al lado y saqué mi *tablet* de la bolsa. Sin pensar busqué el wi-fi antes de darme cuenta de dónde estaba. Muy probablemente ni siquiera tuviesen ordenadores cuando este lugar estaba abierto, y mucho menos internet.

Mi cobertura oscilaba entre las dos y las tres rayitas. Era suficiente.

Puse en Google «Hostal Isla de Kelder», pero no salió nada. Había algo en un foro sobre el fantasma de un pescador que se suponía que rondaba por la costa y el faro, pero no pude averiguar a qué venía.

El hostal no tenía entrada en la Wikipedia. Quizá podría

escribir una en un par de días, cuando estuviéramos instalados en nuestra nueva casa. A papá le gustaría que el lugar donde pasó su infancia no cayese en el olvido.

Papá y Marie estaban sacando el equipaje del coche y dejándolo en la puerta. Marie arrojó una bolsa de la colada enorme y se levantó una gran nube de polvo.

—Este lugar tiene personalidad —dijo—. Es muy... especial.

—El olor sí que es especial —masculló Tab entre dientes, apartando los ojos de la *tablet*.

Estaba sentada en los escalones al lado de Quentin y Paul. Lola estaba apoyada en el extremo de una mesita cerca de un jarrón de porcelana. Todos estaban con la cabeza hundida en sus teléfonos o *tablets*.

—Lo que quiero decir es que es muy..., ya sabes..., muy británico —explicó Marie.

—Es frío y viejo, y nada funciona, así que estoy de acuerdo contigo —apostilló Tab, con una sonrisa burlona.

Papá dejó una caja de cartón en el pasillo.

—Es curioso cómo me asaltan los recuerdos —dijo. Pasó al lado de la escalera y abrió una puerta a su izquierda. Detrás había una habitación grande llena de estanterías de libros vacías—. Aquí me escondía cuando el ama de llaves, Elizabeth, quería sacarme a dar largos paseos. —Cerró la puerta y se sacudió el polvo de las manos—. Bueno, lo hacía al principio. Más adelante me encantaba salir al campo. La lluvia y la fuerza de los vendavales son buenas para el alma. Veréis como tengo razón.

Creo que esperaba una respuesta de Tab, Quentin y los gemelos, pero estaban todos con la cabeza sumergida en sus dispositivos.

No es que mis hermanos lo estuvieran haciendo mucho mejor. Lola estaba mirando sin ningún disimulo el último mensaje de su horrible novio, Sebastian, y Paul probablemente estuviese buscando trucos de supervivencia en la naturaleza en alguno de sus grupos.

Papá abrió la siguiente puerta.

—¡Claro! ¡La sala de estar! Aquí charlaba con los huéspedes para poder quedarme un rato más despierto. Y que conste que no estoy sugiriendo que ninguno de vosotros deba hacerlo.

Me reí por la nariz, pero los demás no reaccionaron.

—Claro que esto fue antes de que se inventasen los móviles y las *tablets*, cuando la gente hablaba entre sí —dijo, gritando la palabra «hablaba».

Me apeteció romper el silencio, pero me contuve por si los demás se reían de mí. Hubiera sido como cuando respondo una pregunta en clase y las chicas de atrás mascullan entre dientes.

—Bueno, ¿qué os parece? —preguntó Marie.

—¿Hola? —dijo papá—. ¿Nos estáis escuchando?

Seguía sin haber respuesta, y me dio pena. Sabía la ilusión que le hacía que todos viniéramos aquí. Y este hostal viejo y raro debería habernos dado algo de que hablar.

Así que esta vez me resultó imposible quedarme callada.

—Me gusta —respondí—. Es como antiguo y elegante.

—Pelota —masculló Tab.

Debería haber sabido que sería ella quien me criticaría. Tuve que forzarme para no ladrarle. Papá y Marie se habían hecho a la idea de que Tab y yo íbamos a ser amigas. Teníamos la misma edad, incluso habíamos nacido el mismo día (¡lo que son las cosas!), así que si no éramos capaces de llevarnos bien, ¿cómo iban a conseguirlo los demás?

—Yo creo que se está cayendo a pedazos —dijo Lola—. Está en medio de la nada. Y no hay nada que hacer aquí. Aparte de eso, está bien.

Le lanzó a papá una sonrisa sarcástica y bajó la mirada hacia su teléfono otra vez.

—A mí me sigue funcionando internet —dijo Quentin, meneando el teléfono en el aire.

—¿Ese es tu baremo? —preguntó papá—. ¿Te basas en lo buena que es la cobertura?

—Pues básicamente sí —confirmó Quentin.

Simon le pasó la *tablet* a Dylan y después corrió hacia la escalera.

—A mí me gusta porque puedo dar saltos peligrosos —gritó.

Brincó y se agarró de una de las barras que sostenían la baranda. Todo el marco de madera se dobló y provocó un estruendoso crujido.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó papá.

Dylan lo miró y se partió de la risa.

—Eso no es nada —dijo Paul.

Corrió hasta el final de la escalera, saltó y agarró la ba-

randa más alta. Esta vez, la madera crujió tanto que pensé que se vendría abajo, seguida de la casa entera.

—¡Ya basta! —gritó Dylan—. Eso es peligroso.

Paul se bajó y miró a su hermano.

—Simon acaba de hacer lo mismo. ¿No era peligroso para él?

—Son cosas de gemelos —explicó Quentin—. No intentes entenderlo, solo te va a provocar dolor de cerebro.

Me entraron ganas de decirles a todos que se calmaran y que dejaran de destrozar el hostal, pero, si lo hacía, Tab volvería a llamarme pelota seguro.

—Manteneos todos lejos de las barandas, ¿vale? —advirtió papá.

—Podéis pasar una noche en esta casa, ¿o no? —dijo Marie, mientras se desenroscaba la bufanda azul y la dejaba en el mostrador de recepción—. Mañana iremos a la granja. Eso estará mejor, ¿verdad?

—Sí —dije.

La granja era la casa que nos habíamos comprado. Estaba en un barrio residencial, lo suficientemente cerca del campo para tenernos contentos a nosotros y lo suficientemente cerca de un pueblo como para tener contentos a los Vincent. O por lo menos esa era la idea.

Yo no lo tenía muy claro. Por lo que había dicho hasta ahora, Tab solo podía ser feliz si regresaban a California. Y sus hermanos no se iban a habituar si ella se pasaba todo el santo el día quejándose.

Todos estaban con los ojos pegados a las pantallas otra

vez, así que pensé que podría hacer lo mismo. Busqué imágenes del hostal Isla de Kelder, pero no salió nada. Había algunas fotos del faro que habíamos pasado al venir con el coche, pero ninguna de este edificio.

Estaba a punto de realizar una búsqueda diferente cuando alguien me arrebató la *tablet* de las manos. Levanté la mirada y vi a papá. Le puso la funda de un manotazo y la metió en una bolsa de plástico negra.

—Papá —grité—. ¡Estaba mirándola!

—Bueno, pues ahora ya no —dijo él.

Se detuvo delante de Dylan y le arrebató la suya. El niño se quedó mirando al espacio vacío que la *tablet* había dejado antes de girar la cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Simon—. Estaba a punto de batir su récord.

—Pues tendrá que hacerlo en otro momento —dijo papá.

Simon corrió hacia papá y saltó sobre la bolsa.

—Dylan se va a poner nervioso sin su juego —avisó Tab, levantando la vista de su dispositivo—. No puedes quitársela.

—Vaya que sí —dijo papá—. Y la tuya también.

Arrancó la *tablet* de las manos de Tab. Ella miró a su madre con la boca abierta, y luego volvió a fijar la vista en papá.

—No tiene ninguna gracia —gritó.

—Bueno —dijo papá, mientras metía su *tablet* en la bolsa—, es que no pretendía que la tuviese.

Les quitó los teléfonos a Paul y a Quentin antes de acercarse a Lola.

—No me digas que me vas a meter en esto a mí también —dijo ella. Se levantó y se puso el teléfono por encima de la cabeza—. Estos críos se las pueden apañar sin sus juguetitos. Yo no.

Papá hizo cosquillas a Lola en la axila. Por instinto, ella bajó el brazo y él le arrebató el móvil.

—Qué plasta —masculló Lola.

Papá guardó el último dispositivo dentro de la bolsa y se la colgó al hombro como un Papá Noel malvado que robara cosas en lugar de dejar regalos.

—Yo no soy una cría —dijo Tab—. Y no puedo apañarme sin mi *tablet*. ¿Cómo voy a estar en contacto con mis amigas? ¿Y qué pasa si papá me llama? —Se volvió para mirar a Marie—. Dime que no es cosa tuya, mamá.

—Carl y yo lo hemos hablado y creemos que es por vuestro bien —dijo Marie—. Será más fácil que os conozcáis si no tenéis las narices metidas en vuestros dispositivos.

—Será solo un ratito —explicó papá—. No creo que os vayáis a morir.

Todos se arremolinaron a su alrededor para quejarse. Yo me quedé tras el mostrador de recepción diciéndome a mí misma que todo iba a salir bien. Quizá papá tuviese razón. Tal vez sería más sencillo hablar si no teníamos los dispositivos.

Aunque la cosa no pintaba bien.

Lola estaba gritándole a la cara a papá, mientras que Marie soportaba las quejas de Quentin y de Tab en estéreo. Simon estaba saltando en la barandilla otra vez, y Dylan no

dejaba de dar vueltas lloriqueando por haber perdido su partida. Incluso *Milo* estaba aullando, y eso que él no tenía teléfono.

—Calmaos —gritó papá—. No os lo voy a repetir.

Pero no tuvo ningún efecto. Normalmente papá era bastante autoritario. Había sido director de escuela, así que tenía práctica. Pero calmarnos cuando acababa de quitarnos los dispositivos era demasiado incluso para él.

—¡Cerrad la boca! —gritó Marie.

Nunca habría imaginado que su voz pudiera sonar tan alto. Parecía muy dulce con su vestido de flores y sus pulseras colgantes.

El sonido lo cortó todo, incluso *Milo* se quedó patitieso. El teléfono de Marie estaba sonando.

—Tengo que cogerlo —dijo Marie, señalando el teléfono—. Es el de la inmobiliaria. —Se puso el teléfono en la mejilla.

—Ya veo que hay quien sí que puede quedarse con su teléfono —soltó Lola.

—Pues claro —dijo Quentin—. No puede pasar del de la inmobiliaria justo el día que estamos comprando una casa.

Marie hablaba muy rápido. No dejaba de hacer preguntas del tipo «¿Cómo va a afectar eso a la cadena?» y «¿Qué tiene eso que ver con los gastos de formalización de la hipoteca?». No la entendía, pero se la oía muy nerviosa.

—De acuerdo —dijo ella—. Vamos para allá.

Colgó el teléfono y se giró hacia papá.

—Tenemos que irnos ahora mismo.

—¿Es grave? —preguntó mi padre.

—Nos han llamado a las siete de la mañana —dijo Marie—. Vaya que si es grave. Pero creo que podremos arreglarlo si nos damos prisa. A la furgoneta todo el mundo.

Cogió la bufanda y se la volvió a enroscar al cuello. Papá comprobó sus bolsillos. Tab estaba negando con la cabeza. Lola se quedó con las cejas levantadas. Los gemelos parecían horrorizados, y Paul tenía que sujetar al perro con la correa.

Yo me dirigí a la puerta. Otro día metidos en el monovolumen era lo último que necesitábamos, pero la nueva casa era lo más importante.

—Espero que estéis de humor para cantar —dije.

—Esto es una tortura —se quejó Tab.

Papá se detuvo y nos miró, frunciendo el ceño.

—Quizá no hace falta que vayamos todos.

Marie asintió.

—Carl y yo podemos arreglarlo. Vosotros estaréis mejor aquí.

Se me cayó el corazón a los pies. No nos llevábamos precisamente bien con ellos presentes para evitar una guerra mundial. Cuando se fuesen, iba a ser mucho peor.

Papá señaló a Lola.

—Quedas al mando.

—Genial —masculló mi hermana.

—Puedes ponerme a mí al mando si ella no quiere —dijo Paul, levantándose de golpe y poniéndose los brazos en la espalda—. Será un honor cumplir con mi deber.

Por Dios, no. Paul convertiría la casa en un campamento militar rarísimo y acabaríamos durmiendo en el bosque en tiendas de campaña con goteras y bebiendo pis de ardilla para sobrevivir.

—Lola lo hará perfectamente, no te preocupes —dije.

Tab le dio un golpecito en el hombro a Paul.

—Tú no me mandas —dijo—. Solo eres dos años mayor que yo.

—Es una cuestión de madurez —se defendió Paul.

—Lola tiene diecisiete, así que queda al mando. Y punto pelota —sentenció papá.

Paul suspiró, Tab resopló y Lola frunció el ceño. Nadie parecía estar contento con el apaño.

—Quizá cada uno podría encargarse de sí mismo —sugerí—. No nos pelearemos, compartiremos todas nuestras cosas, y de este modo no necesitaremos un jefe.

Tab me miró como si hubiera sugerido encerrarla en un armario.

—Es una idea muy bonita —dijo Marie. Se me acercó y me tocó la cabeza. Me parece que no me voy a librar de que me traten como la pequeñaja—. Pero por ahora tu hermana mayor puede ser la jefa.

Les dije a los demás que estaríamos bien, pero no me lo creía mucho. No teníamos ni una sola cosa en común.

—No te preocupes —dijo papá—. Volveremos pronto. Y traeremos comida china.

—¡Sí, por favor! —dijo Simon.

Todos se le plantaron delante y empezaron a pedirle lo

que querían a gritos. Por fin habíamos descubierto algo que nos encantaba a todos. No es que fuera mucho, pero por algo se empezaba.

Pero la comida tardaría en llegar. Habría tiempo para cientos de discusiones y desastres antes de que nos la trajeran. Estábamos vendiendo la piel del pollo agridulce antes de cazarlo.

Miré a papá y le tiré de la manga.

—¿Me puedes devolver la *tablet*, por favor?

—Gracias por recordármelo —dijo papá. Se dirigió a la bolsa de los dispositivos—. Estos se vienen con nosotros.

Tuve que rebobinar lo que había dicho para asegurarme de que lo había oído bien.

—Nos tienes que devolver nuestras cosas —pedí—. Los planes han cambiado.

—Eso. —Tab estaba de acuerdo conmigo por primera vez—. No puedes abandonarnos y robarnos. No es justo.

—Ahora tendréis más razones todavía para charlar entre vosotros —se justificó papá.

Tab se cruzó de brazos y miró a su madre. Yo medio esperaba que se pusiese a chillar y patalear.

—Estoy segura de que podrás arreglártelas durante medio día, bizcochito —le dijo ella.

—¿Y si hay una emergencia? —preguntó Lola.

—Eso —dijo Tab—. Como que la casa se venga abajo.

Papá rebuscó en la bolsa de plástico y sacó el móvil de Lola.

—Vale, tú puedes quedarte con el tuyo —concedió—.

Pero solo para emergencias. No te pases el día enviándole mensajes a Sebastian.

Lola se llevó el teléfono al pecho y nos sacó la lengua al resto sin que la viesen los adultos.

Papá se dirigió a toda prisa hacia la puerta y la abrió para que Marie pasara.

—Portaos bien —pidió papá. Señaló la carretera—. No os acerquéis a los acantilados. Las rocas por allí son muy resbaladizas. De hecho, ni siquiera tendríais por qué salir del hostal. Es grande, seguro que se os ocurren un montón de cosas que hacer aquí dentro.

—Sed buenos —dijo Marie, y salió tras mi padre—. Volveremos por la noche.

Se habían ido. Nos miramos los unos a los otros en silencio. Me dije a mí misma: «Sé positiva y no dejes de sonreír». Pero era difícil.

Nos habían dejado en una casa decrépita en una isla solitaria. Hacía un frío que pelaba. No tenía mi *tablet*. No había nadie que cuidara de nosotros, ni que pudiera evitar las peleas.

Aunque la casa no se derrumbara, no sabía si íbamos a sobrevivir.